

**CARTILLAS DE  
DIVULGACION ECUATORIANA  
Nº. 42**

Simón Rodríguez y sus dos  
Siembras

LUIS ANDRADE REIMERS



**EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA – QUITO – 1984**



**PRECIO S/. 2.—**

---

*Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana*

Este Libro es propiedad de la Biblioteca  
Nacional de la Casa de la Cultura  
Su Venta es penada por la Ley

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA  
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

---

LUIS ANDRADE REIMERS

Simón Rodríguez y sus dos  
Siembras

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº .....	AÑO .....
PRECIO .....	DONACION .....



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA - QUITO - 1984

## SIMON RODRIGUEZ Y SUS DOS SIEMBRAS

Por Luis Andrade Reimers

El 19 de Enero de 1824 el Libertador Simón Bolívar escribía una larga carta a su antiguo maestro, Simón Rodríguez, y entre otras cosas él decía: "Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso... No puede figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Usted me ha dado: no he podido siquiera borrar una coma de las grandes sentencias que Usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. En fin, Usted ha visto mi conducta; Usted ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel; y Usted no habrá dejado de decir: Todo eso es mío."

Si tenemos en cuenta que las ideas tienen la vitalidad de las semillas y su germinación depende de la calidad y tipo de semillas que se esparzan, de la fecundidad del terreno en donde caen y del ambiente que las rodea, estas palabras del Libertador, lejos de representar un arranque emotivo y retórico, responden a una realidad que se repite todos los días en los planteles educacionales alrededor de la Tierra. Si de ellos no brotan con más frecuencia hombres prominentes es por la calidad de las semillas o el tipo de la cosecha que se quiere obtener, de la fertilidad del terreno en que caen y de las circunstancias desfavorables que rodean la siembra, quedando muchas veces en segundo plano la trayectoria posterior del sembrador. Esto es lo que vamos a ver patéticamente en el caso del Maestro Simón Rodríguez, un hombre con ideas que de cuando en cuando tuvieron los atisbos del genio, el cual, sin embargo, por limitaciones temperamentales y cir-

circunstancias de la vida terminó en un aparente fracaso. No vamos, pues, a hacer aquí ni siquiera en síntesis una reseña de su vida. Los materiales biográficos de Simón Rodríguez los vamos a agrupar en torno a los dos períodos trascendentales de su vida, el de la siembra ideal y el de la siembra precaria. Uno y otro caso son de gran interés humano no sólo para los pedagogos de carrera, sino para todos cuantos se sienten atraídos a mirar dentro de las profundidades del corazón humano a través del terso lente de la Historia.

## I.— La siembra ideal

Simón Rodríguez había nacido como niño expósito el año de 1771. Su primera educación provino del patrocinio de un tío suyo sacerdote, el cual le puso en la escuela a él y a un hermano suyo menor, llamado Cayetano. En vivo contraste con el más pequeño, Simón parece haber tenido desde sus primeros años un temperamento complejo. Aunque muy despierto e inclinado a la lectura, se mostraba de cuando en cuando rebelde, caprichoso y amigo de asumir actitudes extrañas. Real o anecdótico, el caso sobre su apellido es sintomático. La gente los conocía a los dos como a "los hermanos Carreño", pues según ellos su padre se llamaba Cayetano Carreño y su madre, Rosalía Rodríguez. Pero un día, discutiendo los muchachos acaloradamente sobre la conducta de sus progenitores, en el clímax de la disputa el mayor juró que desde ese día en adelante se iba a firmar él Simón Rodríguez y no Carreño Rodríguez. Tal juramento comenzó a cumplirlo desde entonces. Volviendo a los hechos documentadamente históricos, el hecho fue que Simón fue creciendo, leyendo y estudiando con una clara inclinación hacia las prácticas docentes hasta la edad de veinte años, en que al fin se graduó como maestro (Mayo de 1791).

1) **Calidad y tipo de semillas.** Conocemos con certeza la calidad y tipo de semillas, almacenadas en la mente de Simón Rodríguez durante aquellos años de formación, por un escrito suyo, el primero de los que han llegado hasta nosotros de los salidos de su pluma. Fue compuesto en 1794 y lleva un largo título que comienza diciendo: "Reflexiones de los defectos que vician la escuela de las primeras le-

tras...". Es una crítica cortés pero extremadamente perspicaz sobre la educación que él mismo había recibido. Entre los criterios fundamentales que establece, citemos unos pocos: "Considérese que los maestros llevan una tarea extraordinaria y que en ella hacen un particular servicio a Dios, al Rey y a la Patria." Otro ideal que anota con respecto a la persona del maestro dice: "Para servir las escuelas los maestros deben ser doblemente instruidos, aplicados e irrepreensibles." En relación a la necesidad absoluta de la enseñanza, se expresa así: "Todos necesitamos de la escuela, porque, sin tener en esta las primeras luces, es el hombre ciego para todos los demás conocimientos." Al tratar de la finalidad de la educación, escribe: "Los objetos de la escuela son las más laudables, los más interesantes: disponer el ánimo de los niños para recibir las primeras impresiones y hacerlos capaces de todas las empresas." En cuanto a hacer penetrar los conocimientos, insiste en que "la educación es un arte" y habla del "cuidado y delicadeza que deben observarse, en dar al hombre las primeras ideas de una cosa."

La identidad de principios en las "Reflexiones" de Rodríguez y la expuesta por Juan Jacobo Rousseau en su obra "Emilio", aparecida en París el año 1762, es tan absoluta, que hoy día todos los críticos opinan que de una u otra forma la conoció por esos años y la rumió hasta convertirla en cosa suya.

2) **Fecundidad del terreno para cultivar.** El destino quiso que, cuando las poco labradas facciones de Simón Rodríguez eran ungidas por la Naturaleza con el intangible embrujo de los veintinueve años, un opulento patricio de la ciudad, Don Feliciano Palacios Sojo, contratase sus servicios para hacer de amanuense suyo y preceptor de un nieto que había en la familia, el cual por ese tiempo apenas contaba nueve años de edad. Su nombre era Simón, como el suyo, y su apellido Bolívar.

Por la trayectoria que iba a tener aquel muchacho, no se puede dudar que se trataba de un niño precoz en dotes de inteligencia, nobleza de espíritu, rebeldía de carácter e inquietud física permanente en sus ojos y en sus miembros. Dentro del rico complejo psicológico de aquel hombre en potencia había algo en común con el temperamento

de su flamante preceptor, lo cual pronto debió despertar una mutua simpatía. El joven maestro debió ver en aquel niño aristócrata el campo ideal para aplicar los principios asimilados del "Emilio" de Rousseau. Rodríguez presumiblemente pensó que había llegado justo a tiempo para empezar. El sabio pedagogo francés había escrito: "El niño debe saber leer y escribir perfectamente antes de los diez años, justamente porque a los quince ya no importará que haya dominado estas materias. Pero su educación inicial debe consistir en preservarle de los vicios del corazón y de los errores de su mente. Si hasta los doce años de edad se logra conservar al alumno sano y robusto, desde las primeras lecciones se abrirán los ojos de su inteligencia a la razón sin tipo alguno de desvíos ni preocupaciones."

Por su parte el tierno discípulo, una vez rota la barrera inicial del hombre extraño junto a él, debió haber transformado a aquel joven en uno de los personajes míticos de sus sueños infantiles, sin perder "una coma" de las normas que eventualmente le daba, a propósito de tal o cual incidente pasajero mientras escuchaba sus explicaciones o gozaba al contacto de la Naturaleza. La misma edad de los nueve años en adelante avivaría día a día la capacidad receptiva propia de la edad.

3) **El ambiente propicio.** Aunque hubo varios lugares, alumnos y profesores que anduvieron en torno al pequeño educando, lo más risueño y fecundo de aquellos años aconteció en la casa de campo de esa opulenta familia. La campiña en torno a la residencia llegaba hasta las márgenes del río Guaire y estaba ensombrecida por altos árboles tropicales. Había en aquellos recovecos parajes de hermosura primigenia. De acuerdo a los principios de Rousseau, Rodríguez se había convertido en compañero de diversiones del pequeño Simón, de esa forma granjeándose su confianza por completo. "En lugar de que se apoltrone en el aire viciado de una habitación", aconsejaba en su Emilio, "hay que llevarlo al prado para que retoce en él y caiga cien veces. Así aprenderá a levantarse y a sufrir los golpes que habrá de soportar más tarde. Lejos de temer que se haga daño, lamentará si nunca se llegase a lastimar. Sufrir es lo primero que debe aprender y lo que más habrá



de necesitar. Si se equivoca, espera que él mismo se encuentre en estado de constatar sus errores y corregirlos por sí mismo".

El célebre historiador y paleólogo de Bolívar, Pedro Cusián, reconoce que en sus primeros escritos la letra dejaba todavía bastante que desear. Por otro lado, cuando a los dieciséis años Bolívar llegó a Madrid, un tío suyo, Esteban Palacios, escribía: "Simoncito... no tiene instrucción ninguna, tiene disposición para adquirirla." Obviamente quería indicar que no tenía erudición pero sus facultades mentales para estudiar habían desarrollado plenamente.

Aquella educación elemental y profunda quedó súbitamente interrumpida, cuando el joven y rebelde maestro se metió en política y cayó con el fallido golpe de Gual en el año 1797. Una especie de epílogo anacrónico fue el reencuentro del discípulo y el maestro en París ocho años más tarde, cuando Bolívar hizo venir a Rodríguez de Vicuña, para buscar en él consuelo en la primera gran decepción de su vida, la muerte de su esposa. En esa ocasión, como volviendo a nacer al mundo de los grandes ideales, los dos emprendieron a pie su homérica caminata hasta Roma, culminando sublimemente aquel contacto con el juramento sobre el Monte Sacro.

### III.— La siembra precaria

Después de aquel contacto en Europa entre el Discípulo y el Maestro la vida fue creando un muro cada vez más impenetrable por espacio de 17 años. Por el cúmulo de acontecimientos y la multiplicidad de panoramas aquellos 17 años para los dos equivalían a siglos. Bolívar había pasado por toda clase de vicisitudes bélicas, confinamientos para sepultarlo vivo, fugas heroicas y desesperadas, derrotas y victorias de toda magnitud, infinitas complicaciones financieras, grandes banquetes y noches a cielo raso en espera del enemigo. Pero a pesar de toda aquella interminable serie de jornadas agotadoras, en el fondo de su corazón había permanecido de pie la figura del Maestro de su infancia y primera juventud, señalando en toda ocasión el camino del valor, de la justicia y de la dignidad. Por este motivo, cuando todavía se encontraba comprometido en la agotadora e interminable campaña contra los españoles en el Perú, al tener noticias de que su an-

Ugto maestro estaba de regreso en tierras colombianas, vibró de indelible felicidad y el 19 de Enero de 1824 tomó la pluma y le escribió una larga carta (un párrafo de la cual fue citado al comienzo), la cual decía así: "¡Oh, mi Maestro! ¡Oh, mi amigo!... Usted en Colombia, usted en Bogotá y nada me ha dicho, nada me ha escrito. Sin duda es usted el hombre más extraordinario del mundo. Podría usted merecer otros epítetos pero no quiero darlos por no ser descortés al saludar a un huésped que viene del Viejo Mundo a visitar el nuevo; así, a visitar su patria que ya conoce, que tenía olvidada, no en su corazón, sino en su memoria. Nadie más que yo sabe lo que usted quiere a nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda usted cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la Patria? Ciertamente no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; un día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener... Sí, mi amigo querido, usted está con nosotros. Mil veces dichoso el día en que usted pisó las playas de Colombia... Mi impaciencia es mortal no pudiendo estrecharle en mis brazos. Ya que no puedo yo volar hacia usted, hágalo usted hacia mí... Venga usted al Chimborazo, profane usted con su planta atrevida la escala de los Titanes, la corona de la Tierra, la almena inexpugnable del Universo Nuevo... Amigo de la Naturaleza, venga usted a preguntarle su edad, su vida y su esencia primitiva."

Probablemente jamás soñó el viejo Maestro de 53 años recibir del hombre más famoso de Colombia una bienvenida tan efusiva y calorosa. En el archivo de Bolívar en Caracas se conserva el sobre de esta carta con la siguiente leyenda de Simón Rodríguez: "No conservo esta carta por el honor que me hace sino por el que hace a Bolívar." La verdadera que su texto demostraba la increíble vitalidad que adquiere la semilla de la educación, cuando cae en tierra fértil y el clima es favorable.

Simón Rodríguez aceptó la generosa invitación del Libertador y llegó a Lima a comienzos de 1825, cuando las victorias de Junín y Ayacucho eran acontecimientos recientes, asegurando la independencia de la América española en forma definitiva. La residencia del Presidente de Colombia, engalanada con el mayor boato posible y custodiada por una elegante guardia presidencial, se encontraba a las afueras de Lima,

en la Magdalena. El entonces edecán del Libertador cuenta a este respecto lo siguiente en sus Memorias: "Yo vi al humilde pedagogo desmontarse a las puertas del palacio y, en vez del brusco rechazo que acaso tenía del centinela, halló la afectuosa recepción del amigo, con el debido respeto a sus canas y a su antigua amistad. Bolívar le abrazó con filial cariño y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de su corazón." Después de un reconfortante descanso de dos meses, rodeado de toda clase de distinciones y comodidades, el Libertador lo llevó luego consigo en su comitiva y le hizo asistir a su lado a todas las grandes solemnidades y banquetes con ocasión de la declaración de la Independencia de Bolivia, invitándolo a subir con él aun a la cumbre del monte Potosí.

1) **Tipo y calidad de semillas para la segunda siembra.** Es lógico y humano suponer que el cordial y eufórico trato con Bolívar volvió a prender en Rodríguez la llama de sus ideales de la juventud en el terreno de la educación. En realidad durante sus últimos diecisiete años sólo eventualmente y por necesidad se había ocupado de la enseñanza, pues fundamentalmente había sido más bien un aventurero, casi un vagabundo. Probablemente uno de los extremos a donde le llevaron los riesgos que pasó fue el de cambiar por segunda vez su nombre de Simón Rodríguez a Samuel Robinson. Después de haberse despedido de Bolívar en París, desde 1807 en adelante había peregrinado por Alemania, Prusia, Polonia y Rusia, para regresar otra vez a París y viajar finalmente a Londres. En ningún sitio había permanecido establemente por más de tres años. Tal vez su mismo regreso a Colombia no significó otra cosa que una nueva aventura de duración más o menos transitoria y con un desenlace final quizás afortunado o quizás sombrío. Pero la carta de Bolívar en Bogotá y luego la convivencia con él a lo largo del año 1825 debieron remozar su espíritu y hacerle compartir de la época heroica en que todo el mundo vivía a su alrededor.

Era indudable que el hábito de reflexionar, la abundancia de lecturas y la multiplicidad de experiencias de ese Simón Rodríguez o Samuel Robinson habían llenado su cabeza de multitud de ideas en todos los órdenes, algunas de las cuales eran propias de un genio. Al poner sus pies en América conocía con exactitud buena parte de sus

problemas. Pero si analizamos sus ideas desde 1825 en adelante y las comparamos a las ingenuas "Reflexiones" sobre Pedagogía que había presentado en 1794, encontraremos que algunos de sus principios siguen inalterables y otros han perdido ya su pureza original.

Lo que para 1825 no había cambiado en nada era ese despego suyo casi temperamental a los bienes materiales de fortuna. Virtud en realidad propia más bien de un filósofo como Sócrates o de un apóstol como San Francisco de Asís. Habiendo llegado a ser Director Nacional de Educación y habiéndole dado el Libertador tanta blanca en el manejo de los tesoros del Estado, al separarse de su función él mismo confesaba a Bolívar: "No saqué de mi servicio otro provecho que el de comer con la gente que había recogido." Más aún, para cubrir las deudas contraídas para la erección y funcionamiento de su plantel de educación, se vio forzado a vender sus propios libros y enseres de uso personal. Casi con ironía cerraba su larga carta al Libertador del 30 de Septiembre de 1827, diciendo: "En buenos trapos me veo al fin de mi vida, por haberme metido a servir al público sin armas."

También permanecía firme en la convicción de que el hombre debía regenerarse por la educación. Años más tarde escribía: "¿Cuál es la causa de las revoluciones sino la ignorancia? ¿Quién comete los atentados que las hacen tan terribles sino la ignorancia? Los que creen que deben sacrificar a todo el que no sea de su opinión ¿no son ignorantes?" Refiriéndose en particular a la independencia americana, dice: "Para hacer República es menester gente nueva... y la renovación de los pueblos americanos sólo se conseguirá por medio de la educación".

En lo que Simón Rodríguez había cambiado relativamente era en su actitud ante la Religión. Sus "Reflexiones" de 1794 comenzaban afirmando que "los maestros llevan una tarea extraordinaria y en ella hacen un particular servicio a Dios." Pero en los escritos de su madurez toca los temas religiosos más bien con ironía y generalmente encuentra ridículos a los curas y las monjas. El 27 de Mayo de 1826 Sucre escribía al Libertador: "Siendo Don Samuel tan enemigo de los frailes ha nombrado todos los frailes de Catedráticos para Cochabamba y clérigos de Rectores y así todo." Pero él en su ancianidad escribía ("Extracto de la educación republicana..."): "¿De dónde sacan los padres de familia y los maestros de escuela la enseñanza de la Religión?"

Los maestros de escuela son hombres, que en todas partes se ven si no con desprecio al menos con indiferencia. Y ¡confiar a estos hombres la cosa más delicada que en el sentir de todos puede confiarse a un hombre! En cada cantón o distrito debe haber un cura doctrinal, que visite las escuelas y enseñe en ellas la religión."

En donde sí se advierte un cambio completo es en el empleo de la teoría de Rousseau acerca del poder sublimador de la Naturaleza sobre el alumno que llega a contemplarla de cerca. Se diría que la inmensa admiración, aquella especie de embrujo, que Bolívar había guardado a la distancia hacia su primer maestro, provenía precisamente del arte con que él durante los años de su infancia le había puesto en contacto con la Naturaleza. Por eso le escribía en su carta del 19 de Enero de 1824: "Venga usted al Chimborazo, profane usted con su planta atrevida la escala de los Titanes, la corona de la Tierra, la almena inexpugnable del Universo Nuevo... Amigo de la Naturaleza, venga usted a preguntarle su edad, su vida y su esencia primitiva." En el programa que trazó para su instituto modelo de Chuquisaca no hay un solo rastro de esta tendencia mística o romántica. El gran historiador de Bolívar, Pedro Grases, lo resume así: "Su propósito era recoger durante un quinquenio los niños pobres de ambos sexos en Casas-escuelas dotadas de talleres. Para que adquiriesen un oficio además de la enseñanza general de la escuela, los varones aprenderían albañilería, carpintería y herrería, porque con tierras, maderas y metales se hacen las cosas más necesarias. Las hembras los oficios propios de su sexo. Se les daría alojamiento, vestidos, alimento y medicinas y recibirían lo que él llamaba instrucción moral, social y religiosa." Así, pues, aquel espíritu místico o romántico había sido sustituido por otro más utilitarista y pragmático, de acuerdo a lo que él había visto en Europa y se ajustaba más al avaro medioambiente de Bolivia.

Otro cambio notable (el cual fue sin duda la razón principal de su fracaso en Chuquisaca) nació de su complejo temperamental. Allá por los años de 1792 a 1796 el joven Simón Rodríguez, al hacer de preceptor o pedagogo en la casa de campo a orillas del río Guairé, no dejó traslucir ante su educando ciertas extravagancias o caprichos de su complejo temperamental; así mismo como amanuense parece que tampoco dio muestra alguna de orgullo o intransigencia ante sus eventua-



los errores. Pero esas fallas de su carácter fueron creciendo a lo largo de su peregrinación sin rumbo fijo en Europa. Al volver a Colombia, a pesar de los dotes excepcionales de su inteligencia, el criterio que tenía de sí mismo había llegado a ser tan grande, que ya no admitía corrección de ninguna clase en su forma de pensar o de actuar. El destacado psicoanalista venezolano, Arturo Guevara, publicó en 1954 un libro de 632 páginas para analizar el complejo temperamental de Simón Rodríguez y lo catalogó como un paranoico notable. Probablemente el experto tenía la razón. En todo caso la razón principal, que movió a Rodríguez a separarse de la docencia en Chuquisaca, fue descrita por él mismo a Bolívar desde Oruro en carta del 30 de Septiembre de 1827. Dice así: "Yo no era un ampleadillo adocenado de los que obstruyen las antecámaras; yo era el brazo derecho del gobierno; yo era el hombre que usted había honrado y recomendado en público repetidas veces; yo estaba encargado de dar ideas y no de recibirlas... en fin, yo no era ni secretario, ni amanuense, ni ministro, ni alguacil. Sucre me reprende como a un llacayo. Yo no sé lo que habrá dicho, porque me salí de su palacio sin darle ni pedirle cuentas."

2) **La clase del campo por cultivar.** En el caso de Chuquisaca el terreno disponible para la siembra fueron aquellos doscientos muchachos, que integraron el Instituto modelo de Rodríguez. El tiempo de apenas seis alborotados meses que duró el ensayo fue tan corto, que ni siquiera llegó a saber la clase de elemento con que contaba. En todo caso es cierto que no se lo podía comparar con la precocidad extraordinaria de Simón Bolívar en los días de su infancia y adolescencia.

3) **El ambiente en torno al campo sembrado.** Parece que muchos de los padres de familia, que habían puesto a sus hijos en el nuevo Instituto, no se enteraron a tiempo de que se trataba de un plantel para enseñar trabajos manuales ordinarios y cuando les contaron que sus hijos estaban haciendo de albañiles, carpinteros y herreros, se sintieron muy descontentos de las profesiones tan bajas que habían de aprender. De ahí nació el primer foco de descontento contra el Instituto.

Tal vez el local escogido por las autoridades republicanas para el funcionamiento de este nuevo centro educacional fue algún convento

de frailes, que aparentemente no cumplía con la función social para la cual había sido creado. Tal expropiación debió resentir los ánimos en una forma parecida a la que José María Rey de Castro nos cuenta que tuvo lugar justamente el 11 de Diciembre de 1825. Este secretario privado del Mariscal Sucre y testigo presencial de los hechos nos dice: "Sucedió, pues, que el día en que los franciscanos debían desalojar el convento, estalló allí una conjuración monacal de resistencia con síntomas alarmantes. A las cuatro de la tarde y fuera de costumbre sonaron las campanas en la torre; se abrió el templo y apareció iluminado y descubierta su Majestad. A los pocos momentos iba llenándose de gente la iglesia, sorprendida por lo extraordinario del acto. Era el tiempo oportuno... Subió al púlpito uno de los padres... Con grave tono y vehemencia comenzó a mover los efectos del auditorio, declarando contra la impiedad..." Sea por este o por algún motivo religioso parecido, el hecho fue que tanto la Universidad de Chuquisaca como el clero en general opusieron una sorda resistencia a la fundación del Maestro Simón Rodríguez desde el principio.

Pero lo más grave de todo fue la actitud del Mariscal Sucre ante el establecimiento de Rodríguez. El vencedor de Ayacucho, para quien el agasajar al Libertador y cumplir el más mínimo de sus deseos era cuestión de filial devoción, tan pronto como se dio cuenta de las extraordinarias deferencias que éste prodigaba al modesto Maestro y el interés que mostraba en sacar adelante su Instituto, puso todo de su parte para cooperar con él en el proyecto. Sin embargo, el extraño complejo temperamental de Simón Rodríguez no sólo destruyó su buena voluntad, sino que le indujo a suspender su ejecución. Sucre explicaba a Bolívar lo sucedido a raíz de los hechos (10 de Julio de 1826) con estas palabras: "Siento tener que decir a Ud. cosas desagradables de personas que Ud. aprecia y a quien sólo por esta consideración he visto con un alto respeto. Don Samuel, como he dicho a Ud., se ha disgustado porque el Gobierno y el Congreso se mezclan en sus negocios de educación y economía... Dije a Ud. que fue a Cochabamba a plantificar los establecimientos públicos de educación y beneficencia; y porque hizo cien desatinos separándose arbitrariamente de los decretos del Gobierno y se le desaprobó su conducta, pidió su pasaporte. Le dije que no era motivo de irse, puesto que los decretos fueron revisados y

origi redactados por él antes de publicarse; pero que, publicados, era el deber del Gobierno sostenerlos. Contestó que no, que se quería ir. He mandado por tanto que le admitan la renuncia.”

Todas estas circunstancias en conjunto hicieron que las semillas educacionales esparcidas por el Maestro Simón Rodríguez en Chuquisaca no llegasen a prosperar.



## CARTILLAS DE DIVULGACION

### SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

- 1 **Aquiles Pérez:** Las Culturas Aborígenes en la República del Ecuador
- 2 **Francisco Terán:** Nuestras lagunas andinas; Historia y Geografía
- 3 **Emilio Uzcátegui:** Desarrollo de la educación en el Ecuador
- 4 **Gustavo Vásquez H.:** Cartas de Bolívar al General Juan José Flores  
Historia y Antihistoria
- 5 **Luis Andrade Reimers:** Materiales históricos para el Pacto Andino
- 6 **César Vicente Velásquez:** El reverso de la guerra entre Quito y el Cuzco
- 7 **Eduardo Martínez:** Intervención del Gobierno de Alfaro en la guerra  
de los Mil Días
- 8 **Plutarco Naranjo:** Semblanza de Montalvo
- 9 **Marco A. Bustamante:** Ecuador país tropoandino
- 10 **César Vicente Velásquez:** El enigma histórico de Cajamarca
- 11 **Emilio Uzcátegui:** Reflexiones sobre nuestras grandes efemérides
- 12 **Aquiles Pérez:** Rumiñahui
- 13 **Luis Andrade Reimers:** La cada vez más increíble historia de Atahualpa
- 14 **Marco A. Bustamante:** La línea equinoccial en el territorio de la República  
del Ecuador
- 15 **Francisco Sampedro V.:** Las Cuevas de los Tayos
- 16 **Luis Andrade Reimers:** Las esmeraldas de Esmeraldas en el siglo XVI
- 17 **Eduardo N. Martínez:** Entrevistas presidenciales Ecuador-Colombia
- 18 **Aquiles R. Pérez:** La minúscula nación de Nasacota Puento, resiste la invasión  
de la gigantesca de Huayna Cápac
- 19 **Francisco Sampedro V.:** El problema geográfico geomorfológico del Cenepa
- 20 **Ricardo Alvarez:** Bolívar y Manuelita Sáenz; aspectos biográficos, episodios  
románticos y anécdotas
- 21 **Emilio Uzcátegui:** Es gloria de Quito el descubrimiento del Amazonas
- 22 **César Vicente Velásquez:** Proyección Continental de la Revolución de Agosto
- 23 **Aquiles R. Pérez T.:** Los Duchisela
- 24 **Ing. Vicente Enrique Avila:** Los sensores remotos para la cartografía
- 25 **Luis Andrade Reimers:** Lo que Sucre hizo por el Ecuador
- 26 **27—Franklin Barriga López:** Temas de Historia
- 28 **Myr. Ing., Francisco Sampedro V.:** Los Sensores Remotos en el Ecuador
- 29 **Emilio Uzcátegui:** Eloy Alfaro, El Revolucionario Constructor
- 30 **Francisco Sampedro V.:** La Cordillera del Cóndor
- 31 **Emilio Uzcátegui:** La Primera y la Última de Nuestras Constituciones
- 32 **César Vicente Velásquez:** Se llamaba José Joaquín de Olmedo
- 33 **Prof. Aquiles R. Pérez T.:** Síntesis Histórica del Servicio Meteorológico  
de la República del Ecuador
- 34 **Francisco Terán:** Visión Histórica Geográfica del Nudo de Mojanda.
- 35 **Vicente Enrique Avila:** Programa de los Sensores Remotos de Aplicación en las  
ciudades de Quito, Guayaquil y otras
- 36 **Eduardo N. Martínez (NALO):** La Batalla de Cuaspud.
- 37 **Francisco Terán:** Una Microgeografía del Ecuador
- 38 **César Vicente Velásquez:** El Proceso por la Revolución de Agosto.
- 39 **Emilio Uzcátegui:** Bolívar y la Educación.
- 40 **Luis Andrade Reimers:** Al cumplirse 450 años de la muerte de Atahualpa
- 41 **Aquiles R. Pérez T.:** La Riqueza del Lugar Natal